

UNA FIESTA DE LA VIDA Y DEL AMOR

(Abril 1993)

Con la Luz de Cristo rompiendo las tinieblas de nuestros templos y de nuestros corazones, hemos iniciado en la pasada noche de Pascua las celebraciones anuales de la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. No festejamos los cristianos el triunfo vengador de Cristo, quien, al surgir glorioso del sepulcro, vendría a dejar aplastados a sus torturadores, como sucede en las proezas de los héroes invencibles de ciencia ficción, que vuelven a vivir una vez y otra, después de haber sido aparentemente vencidos, para burlarse de quienes los persiguen.

La resurrección de Jesucristo, como su paso por la historia de la humanidad, con su culminación sangrienta en la Cruz, lleva la marca del mismo Jesús de Nazaret, su sello propio, su estilo, descrito de antemano tan prodigiosamente por el profeta Isaías: *«He ahí mi siervo a quien sostengo..., no gritará ni voceará por las calles, la caña cascada no la quebrará, el pábilo vacilante no lo apagará».*

No hay clamor de Resurrección, como no hubo clamor de Cruz. Desde lo alto del madero, los labios del crucificado musitaron palabras de perdón para quienes no sabían lo que hacían, y cuando entregaba su espíritu en manos del Padre, su grito desgarrador, un suspiro final de dolor, no fue proferido contra nadie, ni para increpar a otros, más bien estuvo dirigido a nosotros, a nuestros corazones endurecidos, y dichosos los que tienen oídos para oírlo.

No había que esperar al domingo de Pascua para celebrar a Jesucristo vencedor, porque en la tarde plomiza del Viernes Santo, desde la Cruz, el mal fue vencido por el bien, el odio por el amor, la agresividad y la barbarie con la dulzura y el perdón.

Ese es el camino de Jesús, el que empezó en Galilea y, pasando por el Calvario, se hace Buena Noticia al amanecer del domingo de Resurrección. De veras ha triunfado el amor, y Jesús pide a los suyos que vayan a anunciarle esto al mundo entero, a darle esa buena noticia a todos: el odio, el abuso del poder, la fuerza bruta, los malos sentimientos, resultaron vencidos por la fuerza suave e incontenible del amor, que se origina en Dios.

Celebrar la Pascua es optar por la vida y el amor, escoger para esto el mismo camino del amor recorrido por Jesús. Así, nuestra fe en Cristo Jesús irá siempre acompañada de un amor que «trasciende toda filosofía»: reconciliador en todo momento, capaz siempre de perdonar, que no paga el mal con mal, ni apela a la violencia para imponer sus puntos de vista o rechazar los de los demás y que no acepta que el odio tenga ninguna fuerza constructiva. Cristo nos da una visión del mundo y una tarea en el mundo, que tienen como horizonte la siembra y el cultivo de un amor al estilo propio, que va más allá de las relaciones interpersonales, porque el amor cristiano tiene que ver con el mundo del trabajo, con la educación de las nuevas generaciones, con la economía, con las diversas estructuras de la sociedad, con las relaciones entre países y con el establecimiento de una paz verdadera. Cristo, vencedor de la muerte y del odio, envía a los suyos a llenar el mundo de amor, hasta que se afiance en la tierra una CIVILIZACIÓN DEL AMOR.

Los imagino a ustedes, queridos hermanos y hermanas, leyendo este mensaje de Pascua de Resurrección después de llegar a sus casas agobiados, no tanto por el trabajo, sino por las dificultades que tuvieron en la mañana con el transporte para llegar hasta el centro laboral o en la tarde para regresar a casa. Seguramente estarán

estropeados, después de pedaleear un buen rato, o caminar muchas cuadras, tratando ahora de preparar, con lo que hay, algo de comer y comentando las incidencias del día, la agresividad de la gente en las colas, el individualismo que se acentúa siempre en situaciones de penuria. Querámoslo o no, la crisis económica se interrelaciona con la situación social y, con tristeza, comprobamos a veces que todos podemos envilecernos, yendo cada uno a lo suyo y despreocupándonos de los demás y eso a pesar de las características del pueblo cubano, que es amistoso y solidario.

Hoy más que nunca debe vivir y testimoniar el cristiano en nuestro medio, con actitudes, hechos y palabras, la alegría de Cristo resucitado. Nunca como hoy deber ser la comunidad de los seguidores de Jesús, su Iglesia, sembradora de paz y esperanza en los corazones. Muchos de los hermanos nuestros que se acercan a la fe católica vienen justamente en busca de todo eso y de los valores que se afianzan en la fe en Jesucristo.

Porque no se reduce la inspiración evangélica para el cristiano, inmerso en la colectividad humana, a una actitud de no violencia. Esta es indispensable en los seguidores de Jesús. Pero la acción del cristiano en la familia, en la sociedad, en la política, en la vida sindical o profesional consiste en ser constructor activo de una civilización donde el amor cristiano, como la Luz de Cristo en la noche pascual, vaya venciendo progresivamente las estructuras de odio y de muerte que esclavizan al hombre, para que triunfe la vida y la esperanza.

En este empeño no encontramos siempre puertas abiertas, ni caminos trillados. Recordemos que el dilema está planteado en el Evangelio de San Juan... *«Porque vino la Luz al mundo y algunos amaron más la tiniebla que la Luz»*. El Señor Jesús no ignoraba este reto y el Evangelio es, de principio a fin, un cántico a la libertad del hombre. Jesús Resucitado se aparece a los suyos y los envía a anunciar su Buena Noticia a toda criatura: *«el que crea y se bautice se salvará, el que no crea, se perderá»*. Los apóstoles se supieron siempre proclamadores, anunciadores de Cristo y así hoy también los cristianos. La aceptación o el rechazo dependen de cada hombre o mujer y del uso que cada uno de ellos haga de su libertad, pero la Buena Noticia debe ser anunciada, más aún cuando experimentamos cómo lo reclaman el hombre y la mujer de hoy. En el mismo anuncio evangélico hallarán también nuestros hermanos nuevas claves de interpretación de la realidad: el triunfo de Cristo no comenzó al resucitar, se inició en la Cruz y la Cruz de cada día y de estas horas, vivida como ofrenda y en total entrega a Dios Padre, en actitud de reconciliación que incluye el perdón y la misericordia, debe ser, para los cristianos que forman la Iglesia en Cuba, causa de alegría, de paz y de esperanza, y este modo de seguir el camino de Jesús es en sí un anuncio y contiene una invitación explícita para todos nuestros hermanos. *«Vengan a ver lo que ha hecho conmigo el Señor»*.

Con mi bendición.